

## Un boleto a ninguna parte

Alfredo Acle Tomasini©

Temas tan trillados como asignaturas pendientes, fueron, para Gobierno y Congreso en el sexenio pasado, las llamadas reformas estructurales: la fiscal, la laboral y la energética. En cada caso, el debate alrededor de sus sendos alcances – reales o supuestos, sobredimensionados o minimizados – rápidamente devino en la asunción automática de posturas y credos políticos, y no en la discusión de sus razones, sus objetivos y, menos aún, en el planteamiento de nuevas ideas que enriquecieran los proyectos originales.

Sin embargo, es justo reconocer que esto se debió, en gran medida, a que no están del todo claras las estrategias sectoriales que las sustentan, y tampoco se entiende como encajan en un proyecto nacional de mayor alcance.

Las reformas estructurales equivalen a definir nuevas políticas públicas. Por ende, al ser sólo medios encaminados al logro de ciertos objetivos, su debate resulta complejo si desconocemos qué se busca lograr con su aplicación. De lo contrario, como ha ocurrido, la defensa a ultranza de la ideología suple al intercambio de razones, limita la posibilidad de encontrar nuevos enfoques y termina por empantanar el debate.

Por ejemplo, decir que no debe existir participación del capital privado en la explotación de los hidrocarburos es un argumento que, ante la falta de una estrategia elaborada a partir de un entendimiento de la situación actual y perspectivas futuras del sector energético en México y en el mundo, resulta tan débil como sostener que, por eliminación, aquél es imprescindible dadas las restricciones de recursos públicos. Basta mencionar que este argumento tan sobado como superficial, justificó ideas tan geniales como la privatización de las carreteras, cuyo rescate hoy pesa en los hombros de los contribuyentes mexicanos y compromete parte del gasto público.

En nuestras finanzas públicas está la evidencia de que cuando la privatización como la participación del Estado se han convertido en fines en si mismas, los resultados han sido igualmente nefastos.

Desde luego que las convicciones ideológicas son tan válidas como necesarias para encaminar el rumbo de una nación plural. Sin embargo, cualquier ideología requiere partir de hechos tangibles, para estar en posibilidad de expresarse en una política pública con acciones y objetivos claramente planteados y, sobretodo, mensurables, para estar en posibilidad de revisiones periódicas donde mediante la evaluación de avances y retrocesos se hagan los ajustes pertinentes para mantener el rumbo y asegurar el logro de las metas.

Por tanto, para que las reformas estructurales puedan elaborarse, negociarse y, eventualmente, aprobarse por el Congreso, será necesario crear consenso alrededor de los problemas que deben abordarse; de los retos que se pretende confrontar; de los costos que ineludiblemente deberán pagarse; y de cómo éstos habrán de financiarse por las generaciones actuales y las futuras. Y para ello será preciso tener claro, no sólo cuánto cuesta lo que debemos hacer, sino cuánto representa el no hacerlo a tiempo y con suficiencia. Más aún en un mundo globalizado que cambia a tasas más aceleradas.

Desde esa perspectiva pensemos, a manera de ejemplo, en algunas preguntas que en materia energética tendremos que responder más allá de nuestras convicciones personales y que deberán considerar un dato concreto: El 89 % de la generación de energía primaria del país proviene de los hidrocarburos, y éstos, lo queramos o no, se van a terminar algún día. Y mientras eso ocurra, deberemos extraer petróleo más caro proveniente de yacimientos más complejos como los localizados en aguas profundas.

¿Cuál será el impacto en el mercado petrolero de la sustitución del consumo de combustibles fósiles, fenómeno que se acentuará con las políticas para abatir el calentamiento de la tierra? ¿Cómo debe México sumarse a este esfuerzo dados los efectos negativos que ese fenómeno puede tener en las zonas turísticas y en la agricultura? ¿Cuál es la relación que más nos convendrá tener con las grandes empresas petroleras que han pasado por importantes procesos de reestructuraciones, fusiones y mejoras tecnológicas, permitiéndoles abatir costos y fortalecerse en el mercado: como sus socios o como sus clientes?

Cuando la velocidad del cambio se acelera incesantemente, el reto de la planeación no está sólo en definir a dónde vamos, sino en entender en dónde estamos. Una reforma estructural que no responda a una estrategia es un boleto a ninguna parte.